

STO LAT¹

Massimo Serretti

Massimo Serretti, ordenado sacerdote por Juan Pablo II, es doctor en Filosofía y Teología. Ya profesor de Teología Dogmática en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Lateranense, enseña ahora Teología Fundamental en el Instituto Italo Mancini de la Universidad Carlo Bo de Urbino y enseña Antropología Teológica en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas Redemptoris Mater de Ancona. Entre sus publicaciones encontramos: *Introducción a la filosofía del hombre a través de Husserl, Scheler, Ingarden, Wojtyla* (1984); *El misterio de la generación eterna del Hijo* (1998); *Naturaleza de la comunión* (1999); *El discernimiento de Dios* (2003); *El hombre es persona* (2008) y *Persona y alma* (2014).

RESUMEN

El presente artículo tiene como objeto presentar los movimientos fundamentales del tiempo humano que se hacen visibles en la extraordinaria vida de Juan Pablo II, al cual se conmemora por los cien años en que nos ha sido dada su persona y vida. En la existencia personal del Papa polaco se manifiestan con claridad los dos movimientos del tiempo. De principio a fin, según transcurre la creación y del fin al principio, en donde se manifiesta la finalidad del tiempo humano. Este segundo movimiento, más velado fenomenológicamente, pero más densamente real, manifiesta la plenitud hacia la que el hombre está llamado desde el momento de su creación como imagen y semejanza, es decir, la comunión con el Padre, en el Hijo por el Espíritu

¹ Traducido al español por Ricardo Gibu Shimabukuru. *Sto Lat* (cien años) es una canción polaca tradicional que expresa el deseo de que alguien viva cien años (N.T.).

Santo. Ese movimiento manifiesta además la centralidad de Cristo en la historia y determina el “ahora” por su relación con ese centro.

Palabras clave: Inicio y fin, persona, Cristo, plenitud de los tiempos, Juan Pablo II.

«He aquí que llega el Papa eslavo,
de los pueblos – hermano...
He aquí que vierte en nuestros corazones
los bálsamos del mundo,
Y una hilera de ángeles – con las flores
le prepara el trono.

Distribuirá el amor, como los poderosos
distribuirán las armas,
Mostrará la fuerza de los Sacramentos,
con el mundo sobre sus palmas.
Su paloma-palabra sostendrá
la suave novedad,
que el Espíritu reina y resplandece ya».

Juliusz Slowacki,
*Entre las discordias la gran campana*².

18 de mayo de 1920, 18 de mayo de 2020: estamos en el centenario del nacimiento de Karol Józef Wojtyła. Esta fecha, definida precisamente en el cuadrante del tiempo, remite a otra igualmente determinante: el 2 de abril del año 2005, la fecha de un segundo nacimiento, el nacimiento definitivo en el Cielo.

Entre estas dos fechas, que son importantes, que no constituyen el *alfa* y la *omega*, sino que, al contrario, son constituidas por un *alfa* que las origina y un *omega* que las implica en el gran “día de Dios” sin ocaso, nos ha sido dada la persona y la vida de Karol Wojtyła. El

² En este poema de 1845 el poeta Juliusz Slowacki “profetiza” el advenimiento del «Papa slavo» (La traducción de estos versos se realizó de la versión italiana).

papa Francisco, de modo lapidario, ha resumido esto cuando ha dicho, citando el Evangelio de Lucas (7,16): «El Señor ha visitado a su pueblo»³, refiriéndose precisamente al pastor Juan Pablo II.

Por tanto, los años y los días de la vida de Juan Pablo II se colocan entre estas dos fechas cronológicamente circunscritas y ellas, a su vez, se colocan entre una «prehistoria teológica»⁴ y el fin altísimo de la comunión con la vida y las personas divinas, la «Comunión con Dios»⁵.

En este diseño el principio y el fin, el origen antes y la finalidad última, el *alfa* y la *omega*, se llaman el uno al otro. Cyprian Kamil Norwid, el poeta lírico amado por Juan Pablo II junto a Adam Mickiewicz, el poeta épico nacional, en una poesía suya, escrita después de haber visitado a Chopin en su lecho de muerte, se expresa así: «Fui a Ti en aquellos penúltimos días / de una inconclusa trama- / llenos, como el Mito, / pálidos, como la aurora / cuando el final de la vida susurra al inicio: / “¡No te desgastaré, no! – / ¡Te manifestaré!...»⁶.

El papa Francisco, de modo lapidario, ha resumido esto cuando ha dicho, citando el Evangelio de Lucas (7,16): «El Señor ha visitado a su pueblo», refiriéndose precisamente al pastor Juan Pablo II.

Hay un vínculo misterioso entre el inicio y el fin, y en él se muestra abiertamente un doble movimiento: uno va del inicio al fin, otro, por el contrario, del fin al principio. El primero está constituido por la dinámica esencial en la que se realiza la dramática del llegar a ser y, por tanto, del desvelarse del misterio del don que la persona es para sí y para todos⁷: es la trama biográfica con sus fechas, sus acontecimientos, sus circunstancias; diríamos convencionalmente: su *curriculum*

3 Homilía del 18 de mayo de 2020: «Y hoy aquí podemos decir: hace cien años, el Señor visitó a su pueblo. Envió a un hombre, lo preparó para ser obispo y dirigir la Iglesia. Recordando a san Juan Pablo II, repetimos esto: “El Señor ama a su pueblo”, “el Señor ha visitado a su pueblo”; ha enviado a un pastor».

4 La expresión aparece frecuentemente en Juan Pablo II, Catequesis del 26 de septiembre de 1979; 12 de diciembre de 1979; 16 de enero de 1980; 13 de febrero de 1980; 23 de abril de 1980; 25 de junio 1980. Ahora en Juan Pablo II, *Varón y mujer. Teología del cuerpo*, Palabra, Madrid 1996. 5 *Gaudium et spes*, 10; 18; 19; 21; 22.

6 Cyprian Kamil Norwid, “El piano de Chopin”, en Mario Leonardi, *Como Jesús. La amistad y el don del celibato apostólico*, Palabra, Madrid 2015.

7 Véase Juan Pablo II, *Don y misterio*, Plaza & Janés, Barcelona 1997.

vitae. El segundo es menos evidente fenoménicamente y más recóndito, pero no de menor importancia, incluso es de mayor densidad realística: se trata del movimiento que el fin imprime atrayendo a sí a la persona y a la existencia en su totalidad. Por ello, sigue siendo verdad que “en el origen está el fin” por el hecho de que el origen es el Padre y en el Padre está ya todo, y es también verdad que el Padre es el fin hacia el cual el movimiento impreso en el principio tiende en la medida en que Él, a través del Hijo y el Espíritu, atrae a todos hacia sí⁸. Se podría decir que aquí se puede hacer valer otra hermenéutica de la expresión “en el origen está el fin”, según la cual el fin está operativamente presente ya en el principio.

1. Es un hecho que Karol Wojtyła nace el día de la memoria litúrgica del calendario universal de san Juan I, papa y mártir; será elegido a la Cátedra de san Estanislao, obispo y mártir, le será concedido derramar su sangre por Cristo el 13 de mayo de 1981, precisamente en el mismo suelo sobre el que Pedro, el pescador de Galilea, la había derramado. También aquí el principio y el fin se besan.

Karol Wojtyła sabe muy bien, y su obra y su magisterio así lo atestiguan, que la “prehistoria teológica”, que escapa a la aprehensión del intelecto humano dejado a sí mismo, es supradeterminante en todo el ser y el existir del hombre concreto y singular. Al mismo tiempo, él sabe que, junto a esta prehistoria que concierne a todos los hombres y a todo el hombre, hay también un diseño divino para cada hombre singular, para cada persona singular y que estas dos “llamadas” se entrelazan mutuamente en el proyecto divino.

Hay un texto del cardenal De Bérulle, citado por Henri de Lubac, que describe muy bien la primera dinámica:

«Bendigo a Dios que nos ha dado el ser, y un ser tal que se relaciona con él y se mueve hacia él. El poder del Creador imprime este movimiento en lo íntimo de su criatura, y en el fondo del ser creado desde el instante mismo en que es creado. Y es un movimiento tan profundo y poderoso, que la voluntad no puede llegar hasta él para combatirlo, el pecado cometido tampoco puede detenerlo, y el infierno no podrá borrarlo. Este movimiento durará tanto como la misma criatura y le es inseparable»⁹.

⁸ Véase *Jn* 6, 44; 65; *Mt* 16, 17.

⁹ Pierre De Bérulle, *Opuscules de piété*, 27. De l'obligation de l'homme en nature et en grâce, de se référer tout à Dieu..., n. 10 (ed. G. Rotureau, 1943, p. 134), citado por Henri de Lubac, *El misterio de lo sobrenatural*, Estela, Barcelona 1970, p. 102. Continúa así: «Y la lucha que se entablará en el infierno entre ese movimiento imprimido naturalmente por el Creador en la criatura y el movimiento voluntario de la criatura alejándose del Creador, será uno de los tormentos principales y

2. En cuanto al segundo movimiento, el que va del fin a la persona, es descrito de manera puntual por el mismo Juan Pablo II en el libro autobiográfico *Don y misterio*¹⁰, escrito y publicado en el quincuagésimo año de su ordenación sacerdotal realizada en Cracovia el 1 de noviembre de 1946. Desde el inicio recuerda el «prólogo en el Cielo» que ha marcado total y definitivamente su existencia:

«La vocación es el *misterio de la elección divina*: “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca” (Jn 15,16). “Y nadie se arroga tal dignidad, sino el llamado por Dios, lo mismo que Aarón” (Hb 5,4). “Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo, profeta de las naciones te constituí” (Jr 1,5)»¹¹.

Continúa con la historia de las personas y los contextos, extraordinariamente dramáticos, mediante los cuales el Misterio se hizo presente en su vida personal. El padre y la madre, ante todo:

«No había recibido aún la Primera Comunión cuando perdí a mi madre: apenas tenía nueve años. Por eso, no tengo conciencia clara de la contribución, seguramente grande, que ella dio a mi educación religiosa. Después de su muerte y, a continuación, después de la muerte de mi hermano mayor, quedé solo con mi padre que era un hombre profundamente religioso. Podía observar cotidianamente su vida, que era muy austera. Era militar de profesión y, cuando enviudó, su vida fue de constante oración. Sucedió a veces que me despertaba de noche y encontraba a mi padre arrodillado, igual que lo veía siempre en la iglesia parroquial. Entre nosotros no se hablaba de vocación al sacerdocio, pero *su ejemplo fue para mí en cierto modo el primer seminario*, una especie de seminario doméstico»¹².

perpetuos de los condenados. Este movimiento natural permanece oculto al alma en esta vida, del mismo modo que el alma permanece oculta a ella misma mientras esté sepultada en este cuerpo. Ella no ve ni su ser, ni lo que está en el fondo de su ser. Cuando deje su cuerpo, se verá a sí misma y sentirá igualmente el peso vehemente de esa inclinación, pero sin el poder ni la libertad de usarla en su provecho».

10 Juan Pablo II, *Don y misterio*, ob. cit.

11 Allí mismo, Introducción.

12 Juan Pablo II, *Don y misterio*, ob. cit., cap. III, pp. 35-36.

A esta primera y decisiva atracción que “el Fin” ejerció sobre su persona mediante su padre (Karol), y a la base de ella, le siguen otra serie de nombres y rostros que la acompañan, la confirman y la confortan: el arzobispo príncipe Adam Stephan Sapieha; el padre Stanislaw Smolenski, padre espiritual; el padre Kazimierz Klósak, prefecto del seminario; el padre Karol Kozlowski, quien sucede como rector al padre Jan Piwowarczyk; el párroco Józef Jamróz; el padre Franciszek Szymonek; sacerdotes y testigos valientes; Jan Tyranowski, quien lo introdujo a la lectura de san Juan de la Cruz y santa Teresa de Ávila, el padre Kazimierz Figlewicz, confesor y padre espiritual... una galería bastante amplia de sacerdotes y obispos mártires por la persecución nazi. No faltan tampoco los santos, entre los cuales Juan Pablo II recuerda, de manera particular, a fray Alberto —Adam Chmielowski—, a quien él mismo elevará a los altares.

Karol Wojtyla tiene un sentido agudo de la historia, tanto de la historia personal, como de la historia por excelencia, la “historia santa”. Tiene la clara conciencia de haberse engarzado, sea en una llamada personalísima que requiere un diálogo estrecho e intenso con Aquel que ha sido su Autor, sea en la gran historia del Pueblo y de los pueblos dentro de la cual y en relación con la cual también la suya propia se desarrolla y se perfila. En toda circunstancia y en toda ocasión él se concibe como hijo de la “historia santa” y, por tanto, como protagonista en ella.

Cuando es elegido sucesor de Pedro (264°) se pone de manifiesto, de modo inmediato, un fuerte sentido del tiempo y de la historia. Desde el momento de su elección, el Primado polaco del Milenio¹³, el beato Stephan Wyczynski, le recuerda y en cierta forma le profetiza la tarea epocal de conducir a la Iglesia del segundo al tercer milenio de la era cristiana. Este cuadro histórico sellará los confines —no solo ni principalmente cronológicos ni exteriores— de la acción de su pontificado.

La primera carta encíclica de Juan Pablo II, a cinco meses de su elección, presentada el día de la memoria de santa Eduvigis, religiosa y duquesa de Silesia y de Polonia, lleva la fecha del 4 de marzo, día de la memoria de san Casimiro, rey de Polonia; esta comienza así: «El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia». Y continúa: «A Él se vuelven mi pensamiento y mi corazón en esta hora solemne que está viviendo la Iglesia y la entera familia humana contemporánea», e inmediatamente hace mención del año dos mil¹⁴.

¹³ Así era llamado el cardenal Stephan Wyczynski con motivo de la celebración de los mil años del bautismo de Polonia.

¹⁴ Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, 1.

En este *incipit* dos aspectos se ofrecen a la reflexión. El primero es que la historia es cristocéntrica, y el segundo, que el “ahora” (*nunc*) se determina por su relación con el centro, es decir, con Cristo.

Karol Wojtyla tiene un sentido agudo de la historia, tanto de la historia personal, como de la historia por excelencia, la “historia santa”. Tiene la clara conciencia de haberse engarzado, sea en una llamada personalísima que requiere un diálogo estrecho e intenso con Aquel que ha sido su Autor, sea en la gran historia del Pueblo y de los pueblos dentro de la cual y en relación con la cual también la suya propia se desarrolla y se perfila.

En el acto redentor (envío del Hijo) querido por el Padre, «la historia del hombre ha alcanzado su cumbre en el designio de amor de Dios»¹⁵. Tras este cumplimiento, “historia” será propiamente aquello que tendrá parte en la “cumbre”, es decir, aquello que tendrá parte en la persona y el advenimiento de Jesucristo.

Una exposición sucinta, pero articulada del tiempo y de la historia, la ofrecerá Juan Pablo II en la carta apostólica como preparación del jubileo del año 2000 titulada *Tertio millennio adveniente*¹⁶. Medita allí sobre la “plenitud de los tiempos” (*Gal 4,4; Ef 1,10; Eb 9,26*) y, por tanto, sobre el “principio” y sobre el fin (*eskatón*). El tiempo, en cuanto dimensión del cosmos creado, es también creatura. San Pablo expresa esta verdad fundamental en el discurso a los sabios atenienses sobre la colina de Ares: «Dios ha creado el orden de los tiempos» (*Hch 17,26*). Siendo Cristo el *Logos* del Padre, Aquel en el cual, mediante el cual, en vista del cual todo ha sido creado, también la dimensión del tiempo tiene en Él su Principio y su Fin. Él mismo es «el Primero y el Último» (*Hch 1,17; 2,8*).

En la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, Juan Pablo II enlaza de manera sabia la eternidad de Dios y la existencia de los hombres en la dimensión creatural del tiempo. De este enlace se origina la

¹⁵ Lug. cit.

¹⁶ Con fecha del 10 de noviembre de 1994.

historia en sentido propio. En virtud de su vínculo con el “Principio”, el tiempo se torna historia y no permanece como simple secuencia, un retorno cíclico sobre sí mismo o una irrupción entrópica que, tras una explosión inicial (*big bang*), va hacia una progresiva e imparable extinción (*big crunch*).

La venida del Hijo, de la que el año 2000 marca una curva cerrada en el tiempo, siendo el tiempo creado en Él, por medio de Él y en vista de Él, representa la “plenitud del tiempo” mismo. Escribe Juan Pablo II:

«Gracias a la venida de Dios a la tierra, el tiempo humano, iniciado en la creación, ha alcanzado su plenitud. En efecto, “la plenitud de los tiempos” es sólo la eternidad, mejor aún, *Aquel que es eterno*, es decir Dios. Entrar en la “plenitud de los tiempos” significa, por lo tanto, alcanzar el término del tiempo y salir de sus confines, para encontrar su cumplimiento en la eternidad de Dios»¹⁷.

Según este modo de entender las cosas, el tiempo deviene historia cuando es habitado por la presencia de la eternidad, es decir, de Dios mismo; y, por tanto, es llevado más allá de los confines, es decir, más allá de su punto de partida, hacia la *Omega*, hacia el Hijo. Un tiempo deshabitado no alcanza jamás la dignidad, la consistencia, de aquello que llamamos “historia”.

Con el ingreso de la densidad de Dios y, por tanto, de la eternidad en el tiempo, este se hace verdadero y, al mismo tiempo, es trascendido. “Se hace verdadero” porque alcanza el fin para el que había sido creado (unidad y comunión de Dios y del hombre, del hombre y de Dios) y la consistencia de ser que lo hacía ser aquello que era en el nexo con la eternidad divina. “Es trascendido” porque el tiempo había sido ideado por el Creador como “momento” de la Encarnación del Unigénito, con el fin de “recapitular todo” en Él (*Ef 1,10*). El tiempo es como un punto de apoyo para el ingreso en la eternidad, en la vida de Dios mismo. Cuando aquello adviene y se cumple, se dan dos fenómenos que la Revelación nos explica; la “plenitud de los tiempos”: todo el tiempo es colmado y llevado a su cénit y, en segundo lugar, el fin del tiempo: «el tiempo no será más» (*Ap 10,6*).

Juan Pablo II en su preciosa meditación clarifica aquello que está entre la “plenitud de los tiempos” y “el fin de los tiempos”.

¹⁷ Juan Pablo II, *Tertio millennio adveniente*, 9.

«En el cristianismo el tiempo tiene una importancia fundamental. Dentro de su dimensión se crea el mundo, en su interior se desarrolla la historia de la salvación, que tiene su culmen en la “plenitud de los tiempos” de la Encarnación y su término en el retorno glorioso del Hijo de Dios al final de los tiempos. En Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios, que en sí mismo es eterno. Con la venida de Cristo se inician los “últimos tiempos” (véase Hb 1,2), la “última hora” (véase 1 Jn 2,18), se inicia el tiempo de la Iglesia que durará hasta la Parusía»¹⁸.

El tiempo deviene historia cuando es habitado por la presencia de la eternidad, es decir, de Dios mismo; y, por tanto, es llevado más allá de los confines, es decir, más allá de su punto de partida, hacia la *Omega*, hacia el Hijo. Un tiempo deshabitado no alcanza jamás la dignidad, la consistencia, de aquello que llamamos “historia”.

Con el advenio del Hijo, que es concebido y dado a luz en el tiempo creado “en Él”, este mismo tiempo es retomado y reasumido, asumido de nuevo, en Dios y, por tanto, atravesado de manera renovada e inédita por la eternidad divina a partir de aquello que el Hijo eterno del Padre vive en su vida terrena dentro del tiempo. De este modo, el tiempo creado “en el Hijo” es penetrado nuevamente y resignificado enteramente en virtud y según los contenidos actuales de la Encarnación. Se habla ahora, de modo nuevo, del “tiempo de Cristo” que representa un capítulo impensable en la historia del tiempo. Este “tiempo de Cristo” se torna después el “tiempo de la Iglesia” del que habla Juan Pablo II. La característica principal de este tiempo es su sacramentalidad. Este tiempo, explica Juan Pablo II, deviene una “dimensión de Dios” y ahora, en tanto “dimensión de Dios” atravesada e invadida por entero por su eternidad, vuelve a ser una nueva dimensión de la vida y de la existencia de los hombres, mediante la Iglesia. La presencia de la Iglesia, en el sucederse de los tiempos de la humanidad, representa para todos los

¹⁸ Allí mismo, 10.

hombres y para cada hombre, la posibilidad real de entrar en la historia en la plena inmanencia temporal (sacramento) y en su trascenderse en dirección de la eternidad de Dios (gloria).

Ofreciendo esta meditación a la Iglesia y a los hombres de buena voluntad, Juan Pablo II tiene ante sus ojos la liturgia de la noche santa de Pascua:

«El celebrante, mientras bendice el cirio que simboliza a Cristo resucitado, proclama: “Cristo ayer y hoy, principio y fin, Alfa y Omega. Suyo es el tiempo y la eternidad. A Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos”. Pronuncia estas palabras grabando sobre el cirio la cifra del año en que se celebra la Pascua. El significado del rito es claro: evidencia que *Cristo es el Señor del tiempo*, su principio y su cumplimiento; cada año, cada día y cada momento son abarcados por su Encarnación y Resurrección, para de este modo encontrarse de nuevo en la “plenitud de los tiempos”. Por ello también la Iglesia vive y celebra la liturgia a lo largo del año. *El año solar está así traspasado por el año litúrgico*, que en cierto sentido reproduce todo el misterio de la Encarnación y de la Redención...»¹⁹.

Jesucristo es la «la clave, el centro y el fin de toda la historia humana»²⁰.

La concepción sacramental del tiempo que Juan Pablo II propone con ocasión del “Gran Jubileo” a dos mil años del evento de la Encarnación de Unigénito de Dios, se confronta con la historia de la Creación del Génesis. «Y dio por concluida Dios en el séptimo día la labor que había hecho, y cesó [*shabbat*] en el día séptimo de toda la labor que hiciera. Y bendijo Dios el día séptimo y lo santificó [*kadosh*]; porque en él cesó Dios de toda la obra creadora que Dios había hecho» (*Gn 2,2*). La raíz del término “santidad” es usada por primera vez en la Sagrada Escritura precisamente con relación al tiempo: el séptimo día es santificado, es hecho santo por la santidad de Dios que es el Santo (*Lv 11, 44s.; 19,2; 20,26*).

La secuencia de los seis días seguida por el séptimo es, de hecho, la que separa nuestro tiempo social en semanas.

Que el séptimo día, el día del “cese” (*shabbat*) y de la “santificación”, sea consecutivo y, al mismo tiempo, separado (*kadosh*) de los otros seis, es significativo respecto al “orden de los tiempos”.

¹⁹ Lug. cit.

²⁰ Allí mismo, 59.

La consecutividad indica el hecho de que todos los días, es decir, todas las subdivisiones del tiempo deben entenderse como colindantes con la santidad del séptimo. Son una especie de introducción a este y obtienen de él su significado. La disyunción que el Creador establece respecto a los demás separándolo de ellos, es decir, santificándolo (según la etimología hebrea), indica que Él lo hace una cosa total e irreductiblemente suya que no debe de ningún modo confundirse con los otros seis. De este modo, a través del séptimo día y, por tanto, a través del tiempo, le es abierto al hombre el acceso al “reposo de Dios”²¹.

El instante (*nunc*) está cargado de memoria. El Señor mismo manda en la memoria. La misma liturgia está estructurada sobre la memoria “de las grandes obras” que ha realizado el Señor (*mirabilia Dei*). Las grandes solemnidades del año litúrgico no son otra cosa que memoria de aquello que el Señor ha obrado, actualidad de aquello que Él ahora realiza y anticipación de su cumplimiento en la vida eterna.

Es extraordinariamente significativo que, en la historia de los días que se lleva a cabo en la historia de la Salvación, sea inaugurado un octavo día que es también “el primer día” en la nueva generación del Hijo por parte del Padre en la noche de la Resurrección (*Rm 1,4*), que lleva a cumplimiento la concepción y el parto de la Virgen a la “sombra” del Espíritu y en la noche de Navidad.

Juan Pablo II, en la carta mencionada, se refiere explícitamente al hecho de que el nacimiento de María en el tiempo es una manifestación y una participación ofrecida a nosotros de la eterna generación del Hijo por el Padre. En el misterio del nacimiento “de mujer” (*Gal 4, 4*) se revela la generación eterna del Padre. Atanasio de Alejandría la describe como una “invasión de la filialidad”, como una profusión en el tiempo de la eterna filiación del Unigénito²². Se trata de una invasión de la Gloria: «Nosotros hemos visto su Gloria como Unigénito del Padre» (*Jn 1, 14*). El tiempo todo está como sumergido

²¹ Véase *Heb 3, 11ss.*; *4, 1-11*.

²² Atanasio, *Ad Serapionem*, I, 25 (PG 26, 589); *Contra arianos*, I, 56 (PG 26, 129).

por esta irrupción del Misterio «oculto desde la eternidad» (véase *Ef* 3, 9; *Col* 1, 26).

El sentido cristiano de la historia se reconoce no solo por la amplitud y la perspicacia de los modos de ver, sino también por la urgencia de la dinámica que imprime en el instante, en cada instante presente. No es casual que el apóstol Pablo hable de su vida como de una «carrera» (*Hch* 20,24; *2 Tm* 4,7).

Juan Pablo II, con sus ciento cuatro viajes apostólicos, ha demostrado una dinamicidad incomparable. Su praxis apostólica, por otro lado, era únicamente el reflejo visible de su dimensión interior.

El instante (*nunc*) está cargado de memoria. El Señor mismo manda en la memoria. La misma liturgia está estructurada sobre la memoria “de las grandes obras” que ha realizado el Señor (*mirabilia Dei*). Las grandes solemnidades del año litúrgico no son otra cosa que memoria de aquello que el Señor ha obrado, actualidad de aquello que Él ahora realiza y anticipación de su cumplimiento en la vida eterna²³.

La memoria de las “grandes cosas” que el Señor ha realizado no es nunca memoria del pasado, recuerdo de lo que ha pasado, de lo que ha sido y ya no es. El obrar de Dios, aun cuando se concrete en un coágulo temporal, contiene en sí una potencia que lo reviste totalmente y lo trasciende, abriendo a un futuro en el que el presente también es dinamizado. Así, la memoria cristiana es histórica en cuanto es siempre *memoria futuri*, memoria del futuro²⁴.

Precisamente con este sentimiento y con este espíritu Juan Pablo II ha escrito de puño y letra la carta que abre el tercer milenio, *Novo millennio ineunte*²⁵. En ella menciona desde el inicio la «memoria del pasado como profecía del futuro»²⁶.

Una vez más otra característica del tiempo: el nuevo milenio que inicia se alza en aquello que él llama «el gran horizonte de la Historia de la Salvación»²⁷.

«¡El cristianismo — escribe — es la religión que ha entrado en la historia! En efecto, es sobre el terreno de la historia donde Dios ha querido establecer con Israel una alianza y preparar así el nacimiento del Hijo del seno de María, “en la plenitud de los tiempos” (*Gal* 4, 4). Contemplado en su misterio

23 Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, III q. 73 a. 4 co.

24 La expresión se remonta a san Buenaventura. En distintas ocasiones el papa Benedicto XVI la ha mencionado. Es utilizada también por el papa Francisco, véase *Lumen fidei*, 9.

25 Con fecha del 6 de enero de 2001.

26 Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 3.

27 Allí mismo, 5.

divino y humano, Cristo es el fundamento y el centro de la historia, de la cual es el sentido y la meta última. En efecto, es por medio de él, Verbo e imagen del Padre, que “todo se hizo” (Jn 1,3; véase Col 1,15). Su encarnación, culminada en el misterio pascual y en el don del Espíritu, es el eje del tiempo, la hora misteriosa en la cual el Reino de Dios se ha hecho cercano (véase Mc 1,15), más aún, ha puesto sus raíces, como una semilla destinada a convertirse en un gran árbol (véase Mc 4,30-32), en nuestra historia»²⁸.

Benéfica y saludable indicación que puede, si es acogida, salvar al cristianismo de este inicio del milenio de las derivas espiritualistas, devocionalistas, emocionalistas, individualistas, de miopías asfixiantes y desencarnadas, intelectualísticas y atemporales.

En Juan Pablo II, como ha notado el papa Francisco, se encuentra toda la inmanencia en la historia y todo el enraizamiento en el Cielo²⁹. El realismo histórico tiene para él su premisa fundada en el realismo de la eternidad de Dios, en aquello que él llamaba «el realismo del Misterio»³⁰. Es la eternidad la que confiere espesor y concreción a los eventos, los rostros, las personas, las contingencias. Es la eternidad la que instituye la dramática. La «vida trinitaria» hecha accesible «en Cristo, abre la tarea de la transformación de la historia»³¹.

«Si [la tensión escatológica] nos hace conscientes del carácter relativo de la historia, no nos exime en ningún modo del deber de construirla. Es muy actual a este respecto la enseñanza del Concilio Vaticano II: “El mensaje cristiano, no aparta los

²⁸ Lug. cit.

²⁹ Francisco, Introducción a *San Giovanni Paolo II. 100 anni. Parole e immagini*, LEV, Ciudad del Vaticano 2020: «San Juan Pablo II ha sido un gran testigo de la fe, un gran hombre de oración que ha vivido completamente inmerso en su tiempo y constantemente en contacto con Dios, una guía segura para la Iglesia en tiempos de grandes cambios. Muchas veces, en el transcurso de mi vida de sacerdote y obispo, le he visto pidiendo en mis oraciones el don de ser fiel al Evangelio, tal como nos lo testimoniaba» (Trad. Ricardo Gibu).

³⁰ Juan Pablo II, *Via crucis* 1984, 11ª estación.

T. S. Eliot en los *Four Quartets*, III. *The dry salvages* V, define como «ocupación de los santos» aquella de la intersección entre el tiempo y la eternidad:

«*Men's curiosity searches past and future
And clings to that dimension. But to apprehend
The point of intersection of the timeless
With time, is an occupation for the saint—
No occupation either, but something given
And taken, in a lifetime's death in love,
Ardour and selflessness and self-surrender.*».

³¹ Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 29.

hombres de la tarea de la construcción el mundo, ni les impulsa a despreocuparse del bien de sus semejantes, sino que les obliga más a llevar a cabo esto como un deber (GS 34)»³².

Con su mirada perspicaz, Juan Pablo II ha abierto a la Iglesia la puerta del tercer milenio: «Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo»³³. «El mandato misionero nos introduce en el tercer milenio invitándonos a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos»³⁴.

CONCLUSIÓN

En un pasaje de la última obra poética de Juan Pablo II, *Tríptico romano*, encontramos estos versos:

¿Por qué precisamente se dijo este día:
«Y vio Dios todo lo que había hecho; y he aquí que era muy
bueno»?
¿No lo niegan los hechos?
¡Por ejemplo, el siglo veinte! ¡Y no sólo el veinte!
No obstante, ningún siglo puede ocultar la verdad
de la imagen y la semejanza³⁵.

Todavía una vez más la tensión, o mejor, la antilogía (la contradicción) entre el “principio” y el “mundo” (*secolo*), entre la obra de Dios y la dramática de los días que intentan contradecir.

Un nuevo “siglo” se ha abierto, el XXI, y ya desde hace cuatro lustros. De ellos Juan Pablo II ha atravesado solo el primero. También este “siglo” parece no ser inferior a los otros en el intento de «ofuscar la verdad sobre la imagen y semejanza». Juan Pablo II tiene esta certeza: «ningún siglo logrará ofuscar la verdad sobre la imagen y semejanza», sobre el hombre, sobre la obra de Dios que es el hombre. La “verdad”, es decir, el dato permanente que define el fondo estable del ser del hombre no está a disposición de nadie y, por tanto, no puede ser alterado.

32 Allí mismo, 52.

33 Allí mismo, 58.

34 Lug. cit.

35 Juan Pablo II, *Tríptico romano*. (Trad. Bogdan Piotrowsky), Universidad Católica San Antonio Murcia, Murcia 2003, p. 18.

Esto lo decimos en términos negativos, pero en positivo, en su forma afirmativa, es necesario emprender y hacer el esfuerzo para que aquella verdad sobre la imagen y semejanza, no solo no se ofusque, sino que pueda brillar y resplandecer siempre más íntegra y plenamente (*veritatis splendor*). Esta es la tarea que nos espera y que Juan Pablo II nos ha traído y nos sigue trayendo.

Para insertarnos creativa y operativamente en esta tarea, es necesaria la vista (*visuale*), la inteligencia, la visión del fondo del horizonte amplio que permita una recta colocación de aquello que yace en primer plano, en el presente.

Lo experimentamos ante el reto del flagelo pandémico chino. Muchos ven segmentos, pero hay en general una carencia, un defecto de visión. El registro teológico-histórico parece desterrado y políticamente incorrecto. Sin embargo, al hombre le es necesaria la vista. «Y, sin embargo —escribía Karol Wojtyła— yo creo que el mayor sufrimiento le viene al hombre de su falta de visión»³⁶.

Esta constatación hace eco de la pregunta de Jesús que expresa, al mismo tiempo, juicio, estupor y provocación: «Cuando veis una nube que se levanta en el occidente, al momento decís: “Va a llover”, y así sucede. Y cuando sopla el sur, decís: “Viene bochorno”, y así sucede. ¡Hipócritas! Sabéis explorar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo no exploráis, pues, este tiempo [*kairos*]?» (Lc 12,54ss.). «¿Conque sabéis discernir [*diakrineuō*] el aspecto del cielo y no podéis discernir las señales de los tiempos?» (Mt 16,3).

36 En el original polaco: «z braku “widzenia”» (“de la falta de visión”). Karol Wojtyła, “Pensamiento, extraño espacio” en *Poesías*, Trad. Józef Lobodowski y Bartolomé Mostaza, BAC, Roma 1982, p. 43.